

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 27 de Mayo de 1883. | SERIE IX—N. 104

Festividad del Corpus.

"La fé cristiana, ha dicho un sabio apologista moderno, independientemente de infinidad de pruebas, tiene de incontestablemente racional y honrado, que acorralla toda incredulidad, toda sublevarción, toda rebelión, reduciéndola á una cuestión de esperimento, y en su consecuencia, de hecho y voluntad."

Así es en efecto; y apenas hay una verdad en el evangelio, que se halle mejor comprobada que ésta. "Quien haga la voluntad de mi Padre, dice Jesucristo, sabrá si mi doctrina proviene de Él, ó si hablo por mí propio."—"Quien hace la verdad, añade en otro lugar, llega á la luz."

¡Hacer la verdad! ¡Qué frase tan preciosa, al paso que sublime y elocuente! Solo ha podido pronunciarla, con exactitud rigurosa, el mismo Jesucristo, que por medio del cristianismo ha venido á realizar en el mundo la verdad traída del cielo y comunicada á los hombres.

Hacer la verdad es el único objeto de esa religión divina, que ha transformado el universo. Cada uno de sus dogmas, cada uno de sus misterios, cada una de sus máximas, se relaciona con las maravillas de la creación, y entraña el profundo significado de los ocultos secretos y de los hechos que parecen más inexplicables en nuestra naturaleza racional y sensible. Todos ellos se relacionan también entre sí, y se unen con vínculo tan estrecho, que no puede tocarse uno solo, sin que al propio tiempo se toquen y vengan por tierra todos los demás.

¡Dios ha hecho la verdad en el mundo por medio del cristianismo! Hé aquí el maravilloso secreto de esa civilización cristiana, que restaurando en Dios la humana naturaleza y las cosas todas del universo visible, ha puesto á disposición del hombre las fuerzas físicas, que mantienen el orden general de la creación sensible, para llegar á la perfección de su ser y al noble ejercicio de todas sus facultades. Y todavía hay quien pretenda, que el cristianismo es enemigo irreconciliable del progreso, y que solo puede adelantarse en las ciencias, en las artes y en las letras, abandonando sus máximas sagradas, sus dogmas, sus creencias y sus celestiales enseñanzas!

A quienes tales cosas dicen y sustentan, solo pudiera responderles con el Profeta: *Gustad, y veréis; ó bien con Jesucristo: Haced la voluntad de mi Padre, y sabréis lo que es mi doctrina; haced la verdad, y llegaréis á la luz.*

No hay acaso un dogma de nuestra santa Religión, á que pueda aplicarse con más exactitud y verdad la máxima sentada, como el dogma de la divina EUCARISTÍA. Sobre este misterio adorable pronunció el

mismo Jesucristo esta aserción consoladora: *Quien comiere de este Pan, eternamente vivirá.*

Vivir bien es hacer la verdad, y hacer la verdad es vivir bien.

En este círculo, que parece tan estrecho, se encierra todo el vasto y admirable sistema de la religión cristiana. Y como *hacer la verdad* es progresar, fácil es deducir de aquí, que la EUCARISTÍA es el punto de partida de todo progreso cristiano, es decir, de todo progreso verdadero.

—¿Qué hubiera sido del mundo sin la Eucaristía? se pregunta un pensador profundo de nuestro siglo. ¿Qué sería en la hora en que estamos? Reflexiónese bien: el cristianismo perfecto, que ha constituido la civilización, y que es el único que la conserva todavía en el borde del abismo, no es vivificado en el fondo más que por la Eucaristía; y la Eucaristía es la presencia real de Jesucristo en el estado en que es la vida y la luz del mundo y de las naciones."

No es, pues, de extrañar que un sabio publicista protestante, haciendo serios estudios sobre la gran cuestión social de la mejor forma de gobierno, haya terminado su trabajo tomando por base, al resolverla, la real presencia de Jesucristo en la EUCARISTÍA. "Cuan to más se estudia, dice, más se verá, que esta creencia en la *Presencia real* se estiende, nó solo á todos los gobiernos sino á todas las consideraciones humanas, que es como su diapasón, y que es, con relación al mundo moral, lo que el sol con relación al mundo físico." (Fitz William).

Si, es preciso repetirlo cuantas veces sea necesario: Jesucristo, lo mismo que el cristianismo, solo pueden conocerse participando de la EUCARISTÍA, comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre. Los discípulos de Ernaús, que acompañaban á Jesus sin conocerle, y que disfrutaban de su dulce conversación sin entenderle, *abrieron sus ojos y le reconocieron en la fracción del pan*, según dicen las Actas apostólicas, cuando Él se sentó con ellos á la mesa, tomó el pán, le bendijo y les dió á comer.

¡Admirable es la armonía que reina en todos los dogmas y misterios de nuestra santa religión! La adorable TRINIDAD es el objeto único, esencial y primitivo de! culto verdadero, que ella ha venido á establecer entre los hombres; y la augusta EUCARISTÍA es el perpetuo sacrificio de ese mismo culto, con que se rinde á la Trinidad beatísima la perpetua adoración que le es debida.

La Eucaristía, lo mismo que la Trinidad, no ha tenido una especial festividad en la Iglesia durante los doce primeros siglos, mediando para la una la misma razón de religiosa economía que para la otra. Todo el año es una fiesta continua de la TRINIDAD que se adora, y de la EUCARISTÍA con qué se adora.

No fué sino en el siglo XIII, y después de muchas y graves consideraciones, y de notables prodigios con que Dios manifestó su voluntad, que la Santa Sede estableció para todo el orbe cristiano, por medio del Soberano Pontífice Urbano IV, la gran FESTIVIDAD DEL CORPUS, aprobando la que ya de antes se acostumbraba celebrar en la Iglesia de San Martín de Lieja, por las súplicas y oraciones de la beata Juliana de Cornillon, á quien Jesucristo reveló su deseo de que tal fiesta se hiciera. El concilio ecuménico de Viena, bajo el pontificado de Clemente V, aprobó cuarenta años después, y por absoluta conformidad de votos, la bula de institución de Urbano IV, que comienza *Transiturus*.

Así fué como quedó definitivamente establecida esa grande y solemne FESTIVIDAD DEL CORPUS, que es hoy una de las más notables y privilegiadas que celebra la Iglesia cristiana, y sin duda la que produce en nuestros corazones más gratas simpatías y más profundas emociones.

La verdadera fiesta del Santísimo Sacramento se celebra el Jueves Santo, día destinado á conmemorar su divina institución; pero la Iglesia, preocupada entonces con llorar la muerte de Jesucristo, con reconciliar á los pecadores, y con recordar los ausugusto misterios de la redención, no puede manifestar todo el júbilo y alegría, que naturalmente debe producir en los corazones cristianos, ese adorable Sacramento del cuerpo y sangre de su divino Redentor.

Un cantor digno de este Misterio inefable había ya formado la Providencia. Tomás de Aquino, gloria imperecedera de su siglo, á quien se ha dado el sobrenombre de *Doctor angélico* por la pureza de su vida y la sublimidad de su doctrina, compuso de orden del soberano Pontífice, el oficio del Santísimo Sacramento.

—“Santo Tomás, dice el Abate Gaume, puso manos á la obra; y dejándose llevar de las inspiraciones de su corazón, de su génio y de su fé, compuso el oficio que se canta aun en el día, y que es una *inmortal obra maestra*, en que se disputan la palma la poesía, la devoción y la fé. Por esta razón se considera con justicia como el más regular y hermoso de los oficios de la iglesia, tanto por la enerjía y la gracia de las espresiones, que manifiestan sucesivamente los sentimientos de la más tierna piedad y la doctrina más exacta de todo el misterio eucarístico, como por la justa proporción de sus partes y la precisión de las relaciones entre las figuras del antiguo Testamento y la verdad del nuevo.”

La parte principal y más espléndida de los oficios del Santísimo Sacramento en la gran FESTIVIDAD DEL CORPUS, es la Procesión, cuya solemne gravedad tanto recomienda el santo concilio de Trento. El divino Salvador Sacramentado es conducido en triunfo, en medio de régio aparato y de magnífica pompa, así por las espaciosas y ricas calles de las grandes y populosas ciudades, como por los humildes senderos y los campos abiertos de las pequeñas aldeas y villórrios.

Todo parece que concurre á dar solemnidad y esplendor á esta gran fiesta, en que se ostentan los triunfos de Jesucristo, conquistador del universo, sobre nuestros corazones y nuestras almas. Se celebra en la florida estación de la primavera, en que las rosas y los jazmines, las azucenas y claveles, los lirios y las violetas, ofrecen al Redentor en su paso los encantos de su hermosura y los suaves perfumes de sus variados olores: es la estación en que millares de pajaritos y de avecillas, cubiertos todavía con el plumón de su infancia, ensayan sus primeros vuelos, y distraen la atención del viajero con los melancólicos arrullos de sus primeros cantares.

Las frescas flores, regadas en el camino sobre el verde césped que tapiza las praderas y campiñas, ó so-

bre las enlozadas y lujosas calles de las grandes metrópolis del mundo, anuncian el paso del Creador y las victorias del Señor de los Señores, así como las densas nubes de incienso, que se elevan hácia el cielo, envolviendo en abrasadas ondas las sublimes notas de los cánticos sagrados, invitan á las criaturas al amor y al sacrificio.

En las ciudades marítimas, la inmensidad del océano imprime á la fiesta todo el caracter de lo infinito, como la impetuosa corriente de las olas, que se estrellan sobre las rocas escarpadas y las arenosas playas, nos llenan del terror de la divina justicia, y nos dan á conocer todo el alcance de la omnipotencia divina.

En las grandes capitales y en las ciudades de guerra, el estruendo imponente del cañón, mezclándose con los cánticos y los himnos de la iglesia, cuyos acentos se esparcen por los aires en raudales de armonía, nos revelan todo el poder del hombre sometido humildemente al poder supremo de Dios.

En las aldeas y en los pequeños lugares, los árboles y los prados reflejan todo el esplendor de su natural adorno y las bellezas de su frescura y lozanía, del mismo modo que las gracias y los poéticos encantos de la naturaleza, relucen con sencillez inimitable en las vistosas flores depositadas sobre rústicos altares.

Nada hay comparable á los triunfos del amor de Jesucristo sobre las conciencias humanas!

Es por la divina EUCARISTÍA que el Redentor de los hombres ha conquistado el universo, y es solo por ella que ha logrado establecer y asegurar en el mundo el reinado de la justicia, de la paz, y de su infinito amor y caridad.

Tal es, en pequeño bosquejo, la gran festividad que, con singular regocijo, la Iglesia celebra en estos días.

San Salvador, mayo de 1883.

SECCION PIADOSA.

DOMINGO II DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Para este Domingo, que ocurre durante la octava de la festividad del CORPUS, la Iglesia nos recuerda aquella preciosa parábola de la *gran cena*, que Jesucristo propuso á los fariseos.

—“Un hombre, dice, hizo una *gran cena*, y convidó á muchos. Y á la hora de la cena mandó á un criado á decir á los invitados que vinieran, porque ya todo estaba listo. Y todos comenzaron á excusarse. El primero le dijo (al criado): compré una granja, y tengo necesidad de salir para ir á verla; te ruego que me tengas por excusado. El otro dijo: compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas; te suplico que me tengas por excusado. Otro dijo también: estoy recién casado, y por eso no puedo ir. Vuelto el criado, contó estas cosas á su amo. Irritado el padre de familias dijo á su criado: Ve inmediatamente á las plazas y calles de la ciudad, y llama á los pobres, débiles, ciegos y cojos. Y dijo el criado: Señor, se ha hecho como mandaste, y todavía queda lugar. Y el Señor dijo al criado: Ve á los caminos y cercados, y obliga á entrar para que se llene mi casa.”

Esta interesante alegoría nos representa muy al vivo la institución de la santa Eucaristía, que es la *gran cena* dispuesta por Jesucristo, nuestro divino Redentor, para llamar á ella á todos aquellos, que han entrado por la fé y por el bautismo, en el seno de su Iglesia.

En la Eucaristía se nos dá el cuerpo y sangre de Jesucristo, y por su medio llegamos á constituir to-

de los cristianos el cuerpo social de la Iglesia. Ella nos sirve de lazo divino para unirnos á todos en comunión perfecta, al propio tiempo que es el símbolo misterioso de esa caridad inefable, con que deben los hombres amarse unos á otros, para formar una sola familia de hermanos, y un solo pueblo de ciudadanos de Dios y de los santos.

Todos los hombres, llamados á participar de los frutos y beneficios de la redención de Jesucristo, son también invitados á tomar parte en esta *gran cena* de su divina Eucaristía. Sin ella, nadie puede permanecer dignamente en el seno de la Iglesia cristiana, porque nadie puede hacer parte del cuerpo místico de Jesucristo, si no participa también de su cuerpo real en el adorable Sacramento de su amor.

—“Por ventura, nos dice el Apóstol, no somos un mismo cuerpo todos los que comemos del mismo pán?”

La parábola de la *cena* nos recuerda y pone á la vista todas las diversas excusas, que los cristianos frecuentemente alegan, para privarse del uso de la santa comunión. Esas excusas no son más que frívolos pretextos, á que la pasión y el afecto por las cosas del mundo y por las máximas del siglo, dan todo el colorido de razones justas y valiosas. Ante la primaria, única y fundamental obligación, impuesta al hombre sobre la tierra, de buscar en todas sus acciones el reino de Dios y el cumplimiento de su justicia, nada puede haber que sea para nosotros un legítimo impedimento que nos escuse de participar de la sagrada Eucaristía.

Todos los dogmas y preceptos de la religión y la moral del cristianismo, se dirigen á hacer perfectos á los hombres con el ejercicio de la virtud, y haciendo uso de los medios que ha querido dejarnos el divino Salvador, en el seno de la Iglesia por Él establecida y ordenada.

La participación de la divina Eucaristía, nó sólo es el símbolo de la unión social de los hombres entre sí, sino también el término de la santidad y perfección á que debemos todos aspirar, para alcanzar nuestro soberano destino y aprovechar los beneficios de la redención.

Frecuentemente se oye á los cristianos excusarse de concurrir al celestial banquete, que Jesucristo nos propone en la santa Comunión, con las ocupaciones ordinarias de la vida, como si ellas pudieran ser un estorbo para consagrarnos, á lo que de toda preferencia debe ser el objeto principal de las acciones todas de la vida de un cristiano. Esto no es otra cosa que sacrificar los fines á los medios.

Los bienes temporales, las pasiones, las riquezas, y aún los honores y las comodidades sociales, son medios de que debemos usar para buscar la salud eterna del alma, y á fin tan noble y excelente debe estar consagrado cuanto somos y posecemos.

—“De qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero, dice el Evangelio, si llega á perder su alma” Esta vida del tiempo se pasa en un momento; en cada instante de ella nos hallamos colocados á las puertas de la eternidad, y repentinamente podemos desaparecer del teatro de este mundo, para presentarnos ante el Juez supremo de los vivos y de los muertos. Y si hemos empleado mal estos breves días que se nos han concedido y que tenemos bien contados, y no procuramos atesorar méritos para el cielo, ¿de qué nos servirán esos afanes por adquirir riquezas, esos desvelos y fatigas por gozar placeres, esos empeños y sollicitudes por conquistar una gloria efímera y pasajera?

Y sin embargo, vemos á la mayor parte de los hombres de tal modo preocupados con los negocios del siglo y con los vanos intereses de la carne, que viven, como si nunca tuvieran qué morir, y tan olvidados

de la muerte, como si debieran siempre vivir. El pensar en esas cosas, las más positivas, reales y verdaderas, llama el mundo *insensates y fanatismo*. ¡Con cuanta razón nos dice el Espíritu Santo, que “es infinito el número de los necios!”

Necios, y nó otra cosa, son la mayor parte de los hombres, aún entre los cristianos, que viven olvidados de la eterna felicidad de sus almas. Platón, filósofo pagano, que no conocía los secretos de la revelación divina, decía, que la sola probabilidad de que estuviéramos animados de un espíritu inmortal, que sobrevivía á la destrucción del cuerpo, debería ser motivo muy grave y poderoso, para un hombre cuerdo y sensato, de vivir de una manera ajustada á las leyes racionales de la naturaleza humana y al dictamen de la razón y la conciencia.

Si esto es y ha sido una verdad en todos tiempos, mucho más debe serlo en los nuestros y para nosotros, en que el juicio universal de la humanidad ha venido á ser confirmado por la revelación cristiana, que pone por base de sus creencias y de su moral, la inmortalidad de nuestro sér, y los futuros destinos del alma en una vida imperecedera y eterna.

Y sin embargo, parece que los hombres se esfuerzan por hacerse la ilusión de creer, que han logrado borrar en su alma la existencia de esas verdades incontrastables, consoladoras para los unos y terribles para los otros, que constituyen el fondo de la conciencia humana!

Voltaire, en su ódio implacable contra la religión cristiana, habló largamente á un jóven de claro talento, contra la existencia del infierno. Halagado en sus pasiones, y lleno de entusiasmo por las doctrinas de su Maestro, aquel jóven inesperto le escribe, que sus razones y argumentos contra esa terrorífica verdad, inventada y sostenida por el interés personal de los legisladores y monarcas de todos los pueblos, y de los sacerdotes de todas las religiones, le han parecido tan convincentes y tan graves, que han llegado á persuadirle íntimamente de que el infierno no existe. Voltaire responde á su entusiasta discípulo, que se alegra de semejante noticia y que le estima por mucho más afortunado y dichoso, pues que aún no había logrado, como él, convencerse de que el infierno no exista, por más que mucho lo había procurado, para borrar de su mente una idea tan importuna y terrible, que á cada momento se le ofrecía para acabar todos sus gustos y placeres.

Como ésta son las más de las convicciones que tienen los enemigos sistemados de la religión y la moral. No hay en ellos tales convicciones, aunque bien desearan tenerlas; pero se hacen ruido á sí mismos, y alborotan sus pasiones, para ver de ahogar con sus gritos los crueles remordimientos de una conciencia, que no les deja vivir en paz y sosiego, en medio de los goces y placeres que este mundo seductor les ofrece.

Necios! y más que necios, son los hombres que se alimentan de esas tristes ilusiones, y que no quieren abrir los ojos para ver las realidades de la vida. Pronto vendrá la muerte á cortar el hilo de esa existencia, que han tejido, como las Parcas de la fábula, en medio de engañosos deleites y de fementidas esperanzas!

Los que han pasado su vida atacando la religión, y propagando doctrinas impías y perniciosas para seducir á los jóvenes inespertos y á las gentes incautas y sencillas, ¿de qué podrán gloriarse á la hora de su muerte? Que respondan los que les han precedido en ese camino de infamia, de maldición y de oprobio; que respondan Juliano, Voltaire, Dideroz, Manperthus, Helvecio, Boulanger, y otros tantos hombres de claro ingenio y de subido talento. Cruel remordimientos y angustias, desesperación terrible, visión de

una catástrofe horrorosa de que sus almas son víctimas en medio de funestos recuerdos y del abatimiento que producen el ódio no satisfecho y la indignación no contrariada.

Temblemos al oír la final sentencia con que Jesucristo termina la parábola del evangelio de este día: *En verdad os digo, que ninguno de estos gustará de mi cena!!*

San Salvador, mayo de 1883.

CRÓNICA INTERIOR.

Liceo Salvadoreño. Los alumnos de este acreditado Establecimiento festejaron con gran entusiasmo a su muy digno Director, el Señor canónigo doctor don A. ADOLFO PÉREZ, el día de su cumple-años, que fué el lunes anterior, 21 del corriente.

Todos estos apreciables jóvenes, y en particular cada uno de ellos, procuraron manifestar á porfía el júbilo de que rebosaban sus tiernos y agradecidos corazones, y el contento y alegría de sus rítmicas. El día entero fué de gran fiesta para ellos.

El edificio del LICEO estaba gustosamente adornado y cubierto de hermosas colgaduras. La banda marcial concurrió á tocar escogidas piezas en la madrugada, en las altas horas del día y por la noche hasta las diez.

El Señor Dr. Pérez ha recibido de sus alumnos, en tan favorable ocasión, demostraciones muy expresivas y sinceras, pero también muy debidas, del aprecio, respeto y cariño, que le profesan, especialmente en los brindis con que á la hora del almuerzo varios de ellos manifestaron sus buenos sentimientos de amor y gratitud.

También recibió cordiales felicitaciones y visitas, de los padres de familia y de los numerosos amigos, con que cuenta en esta Capital.

Por la noche, los mismos alumnos obsequiaron á su Director, dedicándole una *Velada lírico-literaria*, en que ellos solos tomaron parte activa. Hicieron circular con tal objeto una invitación impresa, á que iba acompañado el programa de la fiesta.

Tuvo lugar esta *Velada* en el Salón principal de estudios del Colegio, y asistió una numerosa concurrencia de distinguidos caballeros, señoras y señoritas. El Ilmo. señor Obispo diocesano se dignó presidir.

Cuantos concurrieron, quedaron sumamente complacidos, así por el orden y regularidad con que todo fué ejecutado, y lo escogido de la mayor parte de las piezas líricas y literarias, como por la destreza con que los alumnos actores desempeñaron respectivamente sus papeles.

El alumno Fidel Novoa pronunció un elocuente y sentimental discurso de dedicación y apertura, á que siguieron después, interpolados con actos de música y de canto, otros discursos de los alumnos Ramón Alegría, Francisco Paredes y Rafael Avendaño, sobre diversas tésis literarias del gusto de los concurrentes.

Sobre todo, llamaron mucho la atención, así por la poca edad de los recitantes, como por su apuesto modo de expresarse y declamar, las composiciones poéticas que se dijeron. El niño Luís Sotelo recitó "El arpa" de Zenea, el niño Gustavo Barón, "El pirata" de Espronceda, el niño Salvador Gomez, una composición original de don Felipe Solano, profesor de ramos elementales del Establecimiento, y el niño Alberto Kelly, un precioso soneto compuesto por el acreditado poeta salvadoreño don J. J. Cañas.

Merecen una especial mención, por los ruidosos aplausos con que fueron escuchadas, las bellas y sentimentales poesías originales, recitadas por los alumnos Jo-

sé María Mayorga Rivas, Juan José Cañas [hij] y Juan Antonio Sifontes.

Las dos últimas, que llevan respectivamente por epígrafe: "Maestro y Madre" y "El Perro sabio" [fábula], son obra del muy inteligente y apreciable poeta guatemalteco don Manuel Dieguez, actual profesor de declamación y matemáticas del LICEO SALVADOREÑO.

No hemos querido privar á nuestros lectores del gusto, que indudablemente van á tener, con la lectura de estas tres composiciones literarias, que hallarán en la presente sección de *Varietades*, como tampoco de la del soneto del señor Cañas, que igualmente se publica.

La parte lírica de la *Velada* tampoco ha dejado nada que desear.

Fué dirigida por el joven italiano don Césare Giorgi Vélez, profesor de música del Colegio.

Se dió principio con "El regreso á la Patria", paso doble compuesto por el espesado señor G. Vélez, y ejecutado hábilmente por la banda marcial. Después se tocaron, con acompañamiento de piano, flauta, violín y violoncello, el vals "Tus Días", del mismo señor Vélez, y los "Capulletti" y la "Sonámbula" del gran profesor BELLINI.

El estimable joven don Juan Rodríguez Castillejo, profesor también del LICEO, cantó con mucha gracia y destreza, y con voz líana y sonora, las romanzas "Non é ver" de MATTEI, y "Benedetta" de G. Vélez.

Entre la 1.^a y 2.^a parte de la *Velada* se dió un descanso de quince minutos, en que la banda marcial tocó la conocida mazurca "La bella Italia".

Concluyó la función como á las once de la noche, con los graciosos y pintorescos ejercicios de calistenia, ejecutados en el patio por todos los niños alumnos de cursos preparatorios, vestidos de rigoroso uniforme, y hábilmente instruidos por su inteligente profesor don Felipe Solano.

Al reflejo de los rayos, que despedía la brillante luz de los faroles, como para suplir los pálidos resplandores de la luna, que se hallaba cerca de la mitad de su carrera, veíanse los risueños semblantes y las simpáticas figuras de aquellos inocentes niños, ejecutando, al compás de las cuerdas del piano y con regularidad simétrica, uniformes y acentuados movimientos, á la manera de sombras mágicas, destacadas en graciosa perspectiva de entre el ramaje de los pinos, los rosales y cipreses, sembrados al rededor del lugar de la escena. Cualquiera creería verse trasportado como por encanto á los mejores tiempos de la Grecia, para presenciar allí los inocentes juegos calisténicos, con que los niños del siglo de Pericles, celebraban las fiestas dionisiacas, para robustecer sus tiernos miembros, y prepararlos más tarde con el trabajo y la fatiga, á los juegos atléticos de las llanuras del Olimpo.

Primera comunión.—Como anunciámos en nuestro número anterior, el Domingo, 20 del corriente, día de la *Santísima Trinidad*, se celebró en la S. Iglesia Catedral la fiesta de la primera comunión general de niños.

Entonces carecíamos, por la premura del tiempo, de los datos que ya hemos podido recojer, y con los que añadirémos algo más á lo que someramente dijimos.

Fueron las señoras de la *Sociedad católica*, quienes dispusieron y acordaron hacer esta función, nombrando al efecto una comisión de su seno, compuesta como de 15 señoras asociadas, para encargarse de buscar y recojer niños, llevarlos á las instrucciones catequísticas necesarias para el caso, y prepararlos de una manera conveniente á un acto tan importante y decisivo en la vida de un cristiano.

Esta Comisión se organizó bajo la presidencia de la respetable señora doña Dolores Gallegos, siendo secretaria la señorita Trinidad Leiva y tesorera doña Francisca de Liévano. En algunas sesiones acordó cuanto creyó conducente al logro de su piadoso objeto.

Un crecido número de niños de ambos sexos, de elevada y de humilde condición social, se reunían en la Catedral los martes y jueves por la tarde, para recibir de un sacerdote la instrucción indispensable.

En los tres meses y medio, que duraron estas instrucciones religiosas, se procuró explicar á los niños, de una manera acomodada á su tierna inteligencia y cortos alcances, los dogmas y misterios principales de la religión, la naturaleza y eficacia de la gracia, los sacramentos, las virtudes y pecados, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, las oraciones, las reglas de la vida cristiana, y todas las demás partes que abrazan la fé y la moral del cristianismo.

Nó todos los que asistieron á las esplicaciones, fueron agraciados con la primera comunión. Muchos fueron excluidos, ó se dejaron para más tarde, ya por no tener todavía edad competente, ó ya por carecer de la instrucción necesaria.

Con mayor cuidado se les procuró enseñar el modo práctico de prepararse y de recibir los sacramentos de la confesión y comunión. Tres veces se confesaron todos, antes de permitirles que se acercaran á participar de la sagrada Eucaristía. Con tal objeto, y para mejor disponerlos, sus reuniones, en las dos precedentes semanas, se hacían todos los días.

Los niños de uno y otro sexo, que comulgaron por primera vez, fueron 246, de los cuales eran niños varones 60 y niñas 186. A este número debe agregarse el de 15 niños y 36 niñas, ó sea 51, que concurrieron con el carácter de invitados. Hacen todos el número total de 297.

Las niñas se colocaron en bancas alineadas en el cuerpo de la Iglesia, ocupando el fondo de la nave principal; y los niños, por no haber, se arreglaron en el presbiterio.

Todos concurrieron vestidos de uniforme blanco, con más ó menos lujo y decencia, según las diversas comodidades de sus familias.

Sobre el velo de punto blanco ó de fina gasa, las niñas llevaban en la cabeza una preciosa guirnalda, también de blancas flores de mano, así como los niños una corona de lo mismo suspensa del brazo izquierdo.

Celebró la Misa, y distribuyó la sagrada comunión, el M. I. señor Provisor doctor don Miguel Vecchiotti.

Durante la Misa y comunión se cantaron con acompañamiento de piano por algunas Señoritas, que bondadosamente se prestaron, algunos himnos, cánticos y letrillas, bastante conmovedores y muy á propósito para tan solemnes circunstancias.

Cuando ya se acercaba el momento de comulgar, seis niñas y dos niños fueron sucesivamente levantándose en medio de sus demás compañeros, que permanecían de rodillas, para decir en alta voz y de memoria, unas bonitas y preciosas oraciones de preparación para aquel acto.

No es fácil espresar los sentimientos de tierna devoción y de piedad fervorosa, con que los niños ofrecían gustosos sus lábios y sus pechos para recibir el pán bendito de los ángeles, pán venido del cielo para fortalecer nuestras almas, y darles suficiente robustez y energía para pelear con buen éxito los combates del Señor.

Tampoco son para decirse las profundas emociones y los dulces sentimientos de fervor y simpatía, de edificación y de ternura, que se despertaron en los ánimos de los padres y madres de familia, y de los demás concurrentes, á la vista de aquel gracioso espectáculo, tan

lleno de candor y de poesía. Se vieron correr muchas lágrimas en los que tal acto presenciaban, y en todos los semblantes se advertían señales de júbilo, de satisfacción y de contento.

Cada niño, al recibir la sagrada forma, inclinaba profundamente la cabeza con las manos cruzadas ante el pecho, quedando largo rato en aquella actitud humilde y reverente, como de quien adora á la Majestad de Dios, que ha tomado entera posesión de su corazón y de su alma.

Después de la sagrada comunión, otras seis niñas y dos niños, poniéndose sucesivamente de pié en medio de sus compañeros, recitaron, como al principio, conmovedoras oraciones de acción de gracias dirigidas al Dios de bondad infinita, que acababa de honrarlos con su adorable presencia. No podía menos que llenarse el corazón de la más dulce alegría, al oír de aquellas inocentes criaturas, las fervorosas plegarias con que humildemente se dirijían al cielo, para pedir á Dios por sus padres y madres, por sus maestros y maestras, por sus parientes y bienhechores, por la conversión de los pecadores y de los extraviados en el camino del error, por la exaltación de la fé cristiana y triunfo de la religión verdadera, por la prosperidad de la Iglesia y buen acierto de sus pastores, y especialmente por el Prelado y Clero de esta Diócesis, y por la felicidad de la República y de las personas que ejercen su autoridad y su gobierno!

¡Solo la religión cristiana puede ofrecer cuadros tan bellos y tan conmovedores como éste! ¡Espectáculo digno de una religión santa, cuyo divino Fundador abrazaba con ternura á los niños, y decía: *Dejad que los niños vengan á mí, porque de ellos es el reino de los cielos!*

Después de la Misa y comunión, los niños todos, ordenados en fila de dos en dos, se dirigen procesionalmente á la casa, donde las señoras de la *Sociedad católica* les habían preparado un abundante desayuno. La casa se hallaba festivamente adornada de ramas verdes, flores, guirnaldas y coronas.

A las cuatro y media de la tarde, los niños volvieron á ocupar sus mismos puestos en la Catedral, hicieron devotamente la renovación de los votos del bautismo, rogaron en común otra vez por sus padres, madres, maestros, bienhechores y demás, como en la mañana, escucharon atentos las últimas amonestaciones y consejos del sacerdote, que se ha ocupado de su enseñanza y dirección, para perseverar en el bien y en las prácticas de la vida cristiana. Varios de ellos recibieron del Ilustrísimo señor Obispo el sacramento de la Confirmación, y se les distribuyó á nombre de la *Sociedad* de Señoritas, una medallita para recuerdo de su primera comunión.

La función de la tarde estuvo tan concurrida, y agradable, como la de la mañana.

En una y otra, un numeroso coro de niñas huérfanas del Hospicio, cantó también, con acompañamiento de piano, muy preciosas canciones, adecuadas á las circunstancias.

Jamás podrán olvidar los niños, que han tenido la dicha de recibir por primera vez la sagrada comunión, ese día tan memorable de su vida. Cuando las pasiones vengan á agitar más tarde sus tiernos corazones, para esponerlos al vendaval de los vicios y de las falsas máximas del siglo, el recuerdo imperecedero de ese día tan feliz, y de las gratas emociones que en él han recibido, los sabrá contener en el ejercicio de la virtud y en la práctica del bien.

En todas las edades, circunstancias y condiciones de la vida, sea en medio de la prosperidad ó en medio del infortunio, sea que la virtud los haga felices ó el vicio desgraciados, jamás podrán apartar de sí el eco

de aquella canción humilde y sencilla, con que por todo ese día levantaban al cielo sus inocentes corazones, para espresar la alegría, de que sus tiernas almas se hallaban como inundadas. Ese éco se dejará sentir en el fondo de sus conciencias, ó como un aprobador complaciente, ó como un testigo aterrador y severo.

De todos modos, ese éco será siempre y en todo caso para ellos, un buen amigo y confidente, y las ondas en que vá envuelto, le harán penetrar en sus almas para escuchar allí de nuevo el tan repetido cuarteto:

*Alábase el gran día,
Que al alma satisface,
Y en cantos de alegría
Bendígase al Señor!*

San Salvador, mayo de 1883.

Algo más sobre la filosofía escolástica.—

Nuestro apreciable colega, el Sr. redactor de EL ESCOLAR, en su número del 11 de mayo corriente, ha vuelto á consagrar á la *Escolástica* otro artículo de fondo, haciendo alusión á lo que se dijo en el número 101 de este nuestro semanario.

Se sirve hacer, con tal motivo, algunas observaciones á la autoridad que copiamos de Mr. Cousin, y agrega autoridades de otros escritores para confirmar alguna de las aseveraciones de su editorial anterior.

La abundancia de materiales, que se nos han juntado para esta semana, apenas nos permite decir por hoy algunas pocas palabras, con la esperanza de poder escribir después algo más.

Desde luego observamos con gratitud y con agrado, que el muy apreciable Sr. Redactor tiene la amabilidad de darnos en cierto modo la razón, de que estimemos apasionada la cita de Mr. Voltaire; pero también nos permitimos suplicarle que, por iguales motivos, nos haga la misma concesión respecto de Mr. Laurent y de Mr. Michelet. De aquel y de estos pudieran, además, contarse tantas ó más contradicciones, que de Mr. Cousin.

Hay también otras razones, que no es del caso espresar, y que no se ocultan á la ilustración del Sr. Redactor.

Sospechamos con algún fundamento, que no esté bien aplicada la cita que hace Mr. Laurent del filósofo Bacón. No la hemos podido verificar, como dicen los franceses, á causa de que tampoco hemos podido tener á la mano la obra [*Opus Majus?*], de que se toma.

Creemos que Bacón, al espresarse en esos términos, lo hizo en el mismo sentido de otros varios pasajes de sus obras, especialmente de las tituladas *Novum Organum* y *De dignitate et augmentis scientiarum*, en las que frecuentemente habla contra los métodos y sistemas, nó de la escolástica, ni de esta ó aquella escuela, sino de todas las escuelas sin excepción, así antiguas como modernas, que hubo hasta la época en que escribió.

Con la mira de establecer su *método experimental* ó *inductivo*, como único medio de descubrir la verdad, desacredita y rechaza todo silogismo deductivo, todos los axiomas, todas las nociones universales y *apriori*, y aun todas las ideas metafísicas ó racionales. Nada quiso dejar en pie este reformador apasionado; y aun los positivistas de los tiempos modernos, aunque mucho se le parecen, no se le igualan: solo que Bacón salvó, guiado de su espíritu religioso, la metafísica, la sicología, la teodicea y la ética, dejándolas en poder de la *teología*, ó tratándolas como *ciencias divinemente reveladas* (?), en tanto que los señores positivistas no nos han dejado más que la materia y los fenómenos de la materia, concediéndonos de gracia, y solopara satisfacer nuestra curiosi-

dad religiosa, un Dios—materia, á quien debemos adorar también con un culto gástrico y material.

Llevado Bacón de un odio implacable contra las tradiciones y doctrinas recibidas de todas las escuelas, y contra el común sentir de los sabios y aun de todos los hombres, se permite insultar, con desacomodadas frases y picantes diatribas, á todos los sábios y grandes filósofos de la antigüedad y de los tiempos que le precedieron. Llama á Aristóteles *pésimo sofista*, á Platón *teólogo mentecato*, á Hipócrates *vendedor de años*, á Galeno *vanaglorioso acusador* &c; y á todos, en general, llama con los bajos epítetos de *filosofastros*, *más mentirosos que los poetas* (que los poetas!), *estupradores de los ánimos*, &c. AD QUEM IBIMUS?

Por lo que se vé, el vocabulario de Bacón contra los filósofos, no carece de originalidad, y es tan inagotable y extravagante, como los de Lutero y Voltaire contra los cristianos.

De paso nos llamó la atención, que Mr. Laurent, al asegurar con aplomo que hay contradicción entre "la escolástica y la libertad (filosófica) de pensar", no la encuentre ni la vea entre ser la escolástica *espression científica* del catolicismo, y escluir el catolicismo la *libre expansion* del pensamiento! *Mentita est iniquitas sibi!*

Mucho nos complace que el Sr. Redactor de EL ESCOLAR se haya dignado citarnos la autoridad de nuestro gran filósofo Balmes! Ojalá pudiéramos tener también el gusto, que en realidad sería grande, porque justamente apreciamos sus talentos, de que, así como en este punto, se sirviera igualmente admitir las opiniones y juicios del mismo señor Balmes respecto de la ciencia y de la filosofía escolásticas, espresadas en su *Historia de la filosofía*, de donde es tomada aquella cita, y con más detalle y más acopio de doctrina en su *Filosofía fundamental*.

Se dice que "no parece Mr. Cousin la mejor autoridad en apoyo de la escolástica, por no ser hombre que tenga la cualidad de ser firme en sus opiniones." Es verdad, Sr. Redactor, y mucho nos alegramos que con tan sano criterio lo reconozca. Un hombre que se contradice, merece muy poca fé, y en muchos casos, ninguna.

Todos los grandes hombres, sábios y filósofos del catolicismo, y aún la mayor parte de los del protestantismo, son autoridades, más ó menos explícitas, en apoyo de la escolástica, entre los cuales hay muchos con quienes tal vez no puede medirse de hombros Mr. Cousin. Pero es el caso que esas autoridades no valen más que para nosotros, y cuando las citamos, ó no se las lee, ó se las mira con desdén. Por eso es que preferimos en todas las circunstancias, y aún hablando con los nuestros, las autoridades de los sábios, que no nos pertenecen, si es que no son, además, enemigos declarados nuestros.

Un modesto sábio católico tuvo la humorada de juntar todos los testimonios favorables de los más eminentes y renombrados de entre ellos, clasificándolos por el orden de materias, y de escribir con ellos un libro curioso dividido en dos tomos, á que dió el título de *Apologistas involuntarios de la religión cristiana*.

Precisamente fué esta la idea que tuvimos al hacer la cita de Mr. Cousin. Aun suponiendo muy acertado el severo juicio del Sr. Balmes, no podrá menos de llamar la atención, que en medio de las varias contradicciones, de que se le pueda con más ó menos justicia acusar, el Sr. Cousin no haya incurrido en ninguna, respecto del juicio que formó sobre la escolástica.

Pero ya parece que este suelto se alarga demasiado. Y como esta última idea necesita ponerse más en claro, ofrecemos ocuparnos de ella en el número siguiente. San Salvador, Mayo de 1883.

Lecciones de Lógica.—Las que recientemente ha publicado el señor Dr. don Manuel F. Vélez, profesor de filosofía del LICEO SALVADOREÑO, se espenden en la Librería del señor don Federico Prado en esta capital, á 4 reales cada ejemplar.

Mandando el precio en sellos postales, se enviarán inmediatamente por el correo los ejemplares que se pidan de los departamentos.

El método rigurosamente didáctico, claro, breve y sencillo, que se advierte en esta obrita, la hace muy á propósito para la enseñanza de los Colegios. Es bastante rudimentaria y elemental, para acomodarse aún á la inteligencia de niños de poca edad.

Mes de María en Santa Tecla.—Con fecha 22 del corriente nos escriben de Santa Tecla.

Hoy se dió término á la celebración de Mayo en esta ciudad, habiéndose manifestado el proverbial espíritu religioso de Santa Tecla de una manera notabilísima en esta ocasión, como siempre.

La concurrencia al templo en los días de jubileo demuestra de una manera inequívoca, cuán profundamente arraigada está en el corazón de estos piadosos habitantes la devoción que es el objeto de tan solemnes funciones. Ojalá permanezca esta culta ciudad siempre tan adicta á la Santísima Virjen, como hasta ahora lo ha demostrado.

Circunstancias escepcionales hicieron que no se pudiese celebrar el mes completo, como en los años anteriores; pero el entusiasmo que se observó en los 22 días que acaban de transcurrir, ha sido comparativamente mayor que el que hemos notado en otras ocasiones.

La función del Corpus, que se celebró en la S. I. Catedral el jueves proximo, es la mejor demostración de que el espíritu católico de esta capital, no solo se conserva vivo, sino que se aumenta y se vigoriza extraordinariamente.

Desde algunos días antes muchas de las principales familias se ocupaban en preparar los adornos con que debían decorarse las calles que la procesión iba á recorrer: y desde las primeras horas de la mañana, estas ofrecieron el más bello espectáculo.

Multitud de arcos, banderas, flores, cortinas alfombras, coronas, fueron dispuestas con muy buen gusto, y por todas partes se rivalizaban en el esmero y profusión con que cada una de las casas honraba el tránsito del Santísimo Sacramento.

Los divinos oficios fueron tan concurridos cuanto lo permite el ámbito de la Catedral que estaba llena de gente. La procesión se ordenó con dificultad por la mucha concurrencia; y distinguíanse en sus filas los grupos de niños y de niñas, que cuatro días antes habían hecho su primera comunión.

Es muy grato observar que las manifestaciones del espíritu religioso son siempre en nuestra patria las más espléndidas. Porque ellas son espontáneas, sin que ninguna ley ni autoridad obligue á hacerlas: son generales, porque allí se encuentran representadas todas las clases sociales, sin que ninguna distinción restrinja la fraternidad é igualdad cristianas: son las más hermosas, porque en ellas el entusiasmo despliega la mayor pompa y alegría, sin que haya católico, aún el más pobre, que no quiera contribuir de alguna manera aún con el más pequeño contingente, á la fiesta general.

"El Católico", lleno de la mayor satisfacción por la catolicidad de su patria, dá las más espresivas gracias á los Señores y Señoras de la Conferencia de San Vicente de Paul, por haber cumplido tan bien sus comi-

siones: las dá también al pueblo San Salvadoreño, por la hermosa manifestación de su fé y de piedad al *Dios Sacramentado* y casi está por darlas también á los enemigos del catolicismo, cuyos esfuerzos por desacreditarle y destruirlo en esta república, no hacen más que vigorizarlo y aumentarlo.

SECCION DE VARIEDADES.

"Maestro y Madre."

AL SR. DOCTOR DON ADOLFO PEREZ

EL DIA DE SU CUMPLE-AÑOS.

Nos puso Dios al nacer
Cual un angel tutelar,
La madre para velar
Por nuestro mezquino sér.
Por eso dió á la mujer
El dón de maternidad,
Y en su infinita bondad
Colocó en ella el Señor
Un átomo del amor
Que él tiene á la humanidad.

Apenas al mundo viene
Sin fuerzas y torpe el niño,
La madre con su cariño
Y su sangre le mantiene.
Cuando llora el pobre *nene*
Ella en sus brazos le toma
Y dice en aquel idioma,
Solo para él comprensible,
Algo grato, indefinible,
Como arrullos de paloma.

A la sombra protectora
De ese cuidado materno,
El niño, pimpollo tierno,
Crece y crece, cada hora.
Pronto se pasa esa aurora
De nuestro corto existir,
Y de ella vése salir
Con la juventú el arbusto
Cambiado en árbol robusto
Y el huracán resistir.

Así, en esfera mejor,
Es la misión bienhechora
Del que en su pecho atesora
Del magisterio el ardor.
Si de una madre el amor
Es destello celestial,
Del maestro el afecto es tál,
Sublime, abnegado y bello,
Que á su vez es un destello
Del puro amor maternal.

Cuando el hombre va á nacer
Del pensamiento á la vida,
A conocer le convida
Las alturas del saber.
Y él se pone á recorrer
Con el alumno la senda:
El niño lleva una venda,
Pero el maestro le vigila,
Y nunca ve que vacila
Sin que su mano le tienda.

De este modo él atesora
Del niño en la inteligencia,
Cada minuto la ciencia,
Una virtud cada hora.
Como ha pasado la auro^a
La mañana va á morir;
Pero ya veréis salir

Al hombre en su plenitud,
Y con sabér y virtud
Las pasiones resistir.

La madre y el maestro son
Como dos puntos de mira,
Dos polos sobre que gira
Una buena educación.
Ella forma el corazón,
Él forma la inteligencia.
Ella nos dá su inocencia
Y él, con afanes prolijos,
Nos dá... los que son sus hijos,
Los tesoros de su ciencia.

M. DIEGUEZ.

San Salvador, Mayo 21 de 1883.

Fábula.

"EL PERRO SABIO."

Hace tiempo que un inglés,
Exhibió en la capital
El más gracioso animal,
Cual no se ha visto después.

Es un perrito faldero
Tan vivaz ó inteligente,
Que hace reír á la gente
Y que encanta al mundo entero.

Anda á veces en dos pies,
Sabe la hora en el reló,
Y aunque no lo afirmo yo,
Dicen que habla portugués:

Puede leer en su cartilla,
Maneja también la escoba
Y al espectador emboba,
Con tanta y tal maravilla.

En una función que dió
El dueño de este animal,
Pasó el caso original
Que refiero cual pasó.

Cierto galgo charlatán
(Quise decir ladrador)
Creyóse bueno y mejor
Para hacer de sabio can:

En el circo se metió
Y estuvo ladra que ladra;
Pero al público no cuadra,
Y el público le silvó.

Entonces, con quejas tiernas,
Maldijo su loco afán
Y huyó cual dice el refrán,
Con el rabo entre las piernas.

Su congénere que estaba
Mirándole con desprecio,
Al salir le dijo: *neco!*
Ya que de sabio se alaba,

Sepa usted una verdad,
Y es que para saber algo,
No basta ser uno galgo,
Sin labor ni habilidad.

"Genio y estudio á la vez
Quieren el arte y la ciencia,
Según dice la Sentencia
Del perrito del inglés."

M. DIEGUEZ.

Mayo de 1883.

Al Sr. Canónigo Dr. D. A. Adolfo Pérez

DIRECTOR DEL LICEO SALVADOREÑO.

SONETO.

Tá que en la senda intelectual me guías
Del porvenir como radiante faro;
Permite que mi voz, varón preclaro,
Hoy se levante á celebrar tus días

No oírás empero dulces melodías,
Dignas de un tema para mí tan caro,
Sino el del corazón, lenguaje claro,
Que con bondad juzgué que escucharías.

Nada merece más que se enaltezca
Con las galas espléndidas del estro,
Y que el respeto universal merezca;

Que el sér que entusiasmado al mundo nuestro,
Cuyo natal me impele á que le ofrezca
Mi eterna gratitud como maestro.

San Salvador, Mayo 21 de 1883.

J. J. CAÑAS.

A MI MAESTRO DR. DR. A. ADOLFO PEREZ

EN SU CUMPLEAÑOS.

Al despuntar este día
Espléndida la mañana,
Hoy su natal celebramos
Con afectos de nuestra alma.

Hoy que en todos los semblantes
La alegría se retrata,
Y damos sincera muestra
De lo mucho que se le ama,
También debo, obedeciendo
A la gratitud sagrada,
Rendirle á Ud. un saludo,
Y el cariño de mi alma.

Lejos de mi hogar querido,
Y lejos yo de mi patria,
Aquí concentradas tengo
Las afecciones más santas.

Bajo este techo mis días
Tranquilos, serenos pasan,
Me instruyo aquí y es Ud.
Segundo padre que me ama

Es justo, pues, que yo ahora
Oiga la voz que me manda
Felicitarle en sus días,
Con el corazón y el alma.

¡Cómo pudiera este día,
De contento y esplendor,
Ofrecerle con amor
Presente de más valía!...
Pero en cambio el alma mía,
Que rebosa en gran cariño,
Con sencillez, sin alíno,
Le ofrece un canto sincero
El que publica primero
El alma ingenua de un niño.

San Salvador, Mayo 20 de 1883.

José M. MAYORGA RIVAS.